

## **Julie Alpert: Altares, recuerdos, garabatos y moños**

Alejo Benedetti, curador adjunto, arte contemporáneo

Es poco frecuente que en una sola exposición exuberantes masas de color compartan espacio con estantes derretidos y algún *muffin* inglés. En el caso de la muestra *Altares, recuerdos, garabatos y moños*, de Julie Alpert, estas asociaciones parecen darse naturalmente y, de hecho, se convierten en puntos de partida para abandonarse a la nostalgia.

Casi todas las superficies se encuentran adornadas de alguna manera, lo cual transforma el espacio en un espectáculo maravilloso y algo caótico, semejante a un encuentro entre Plaza Sésamo y La casa de juegos de Pee-wee. Se percibe un ambiente de diversión, y una tensión entre la relajación y la repugnancia que emanan de la transformación que realizó Alpert de esta galería de paredes grises. La contienda visual es clave: se trata de lo que quizás es el mejor aspecto del espectáculo, cuando sirve como estímulo para la reflexión.

En el teatro, la perspectiva general vista desde el auditorio esconde las imperfecciones de los actores y del escenario. La instalación de Alpert elimina esta separación y sumerge al público en la ilusión de su creación. En estrecha cercanía, cada moño pintado y tubo de aerosol recortado ponen al descubierto la evidencia de su producción. Son elementos imperfectos, en ocasiones incómodos y, en este sentido, más humanos y próximos. Al comprometerse de tal manera con su creación y dejar registro de ese esfuerzo, Alpert les infunde un grado sorprendente de intimidad a sus corazones y tijeras de madera contrachapada. Es la diferencia entre un suéter de producción masiva de Walmart y uno tejido a mano por un amigo: antes de formar parte del guardarropa del destinatario, ya ha sido objeto de la atención sostenida de su creador. Para que se comprenda este sentido de la intimidad por un suéter hecho en casa o por los elementos minuciosamente contruidos a mano de la instalación de esta artista no es necesario insistir demasiado: uno y otros son profundamente personales.

Alpert añade capas a lo personal tomando su propia vida como fuente para su obra. De niña, en las décadas de 1980 y 1990, visitaba las casas de sus abuelos y sus decisiones estéticas se arraigaron fuertemente en su memoria. La casa de sus abuelos paternos estaba minuciosamente decorada con flores del piso al techo y una gran cantidad de objetos artísticos, entre los que se incluían desde dibujos, grabados, bronce, estatuas de mármol y lámparas antiguas, hasta piezas de colección kitsch de temáticas como perros y caballos, afiches de mal gusto y pinturas al óleo de la pareja con marcos ornamentados. Por el contrario, el estilo de sus abuelos maternos era más despojado y ordenado, con preferencia por los espacios decorados de una manera más neutra, en los cuales las mayores florituras eran tapetes cuidadosamente ubicados, fotos familiares enmarcadas y cenefas festoneadas. La artista tiene recuerdos vívidos de sentarse en el sofá que tenían cubierto de plástico, un intento por proteger y conservar sus muebles, lo cual irónicamente los volvía menos funcionales al hacerlos incómodos.

Si bien Alpert se basa en sus recuerdos infantiles, sería erróneo afirmar que esta exposición es un intento de reconstruir un momento específico. No obstante, en *Altares, recuerdos, garabatos y moños*, el uso que hace Alpert de estas y otras sensaciones físicas de la infancia aparece como la transmisión de un sentimiento que recrea el modo en que experimentamos los recuerdos.

Quizás esto es más evidente cuando la artista emplea la cursiva. Por encima de la entrada y a lo largo de la exposición se presentan líneas con arreglos y bucles que denotan texto de una manera inconfundible. Si se observa con cuidado, se verá el lazo alto de una «l», el trazo colgante de una «g» o una «y», y el

## **Julie Alpert: Altares, recuerdos, garabatos y moños**

obligado revoltijo de letras que requiere rememorar las clases de artes del lenguaje de tercer grado para poder identificarlo. Salvo que nunca se distinguen. ¡Ay! Has caído en la trampa, solo para notar después de algunos intentos fallidos que buscar descifrar estos garabatos es tan infructuoso como querer comprender palabras en el scat sonoro del jazz. Sin embargo, al igual que cuando Ella Fitzgerald o Cab Calloway emprenden sus acrobacias lingüísticas, no es necesario entender por completo lo que dice en realidad el cuasitexto de Alpert para conectar con él.

De manera similar, Alpert recurre a sus propios recuerdos para rellenar el resto del espacio. Hay una historia detrás del mencionado *muffin* inglés, los números de la entrada remiten a una fuente específica y se perciben claras alusiones a la decoración de los abuelos en toda la galería. Aun así, nadie más aparte de la artista *necesita* verdaderamente conocer las razones de su inclusión en la muestra. No hay una clave, pero de todos modos los símbolos ofrecen un punto de apoyo a los visitantes en busca de lo familiar. Al igual que los recuerdos mismos, ciertos detalles se destacan como las varillas de una tienda mientras el espacio entre ellas abunda en impresiones generales, lo cual da lugar a los sentimientos y la conexión emocional. De este modo, Alpert gradualmente allana el camino hacia un baño no lineal de información, donde el tiempo se suspende y la perspectiva general se encuentra limitada solo por la cantidad de imaginación que los visitantes añadan al entorno.

Para ese propósito, el tiempo es la constante que reúne los temas recurrentes de esta exposición: el tiempo que le llevó a Alpert realizar la obra, el tiempo que estará expuesta, el tiempo que los visitantes dedican a ella y el tiempo inevitable del cierre de la muestra. Como cualquier exposición, *Altares, recuerdos, garabatos y moños* tiene una vida limitada. Su brevedad puede parecer desalentadora; sin embargo, esta existencia efímera es parte del objetivo de la obra, lo que Alpert llama «un modo de práctica para las pérdidas futuras». Una vez que la exposición haya cerrado, la obra solo existirá en su exacta configuración actual en los documentos fotográficos y como un resplandor difuso en la memoria de quienes la visitaron. Para una muestra tan impregnada de nostalgia, el detalle más extraordinario de simetría poética se descubre al reconocer que, desde el inicio, Alpert creó algo diseñado para convertirse en recuerdo.

### **Acerca de la artista**

Julie Alpert, artista basada en Seattle y Tulsa, crea instalaciones específicas para un determinado espacio usando materiales encontrados y de artesanías. En una escena única de tres dimensiones semejante a un escenario, simula la exuberancia y el surrealismo de la celebración y la desilusión que en ocasiones se asocian al teatro. En *Altares, recuerdos, garabatos y moños*, se invita a los visitantes a sentir la alegría y la extrañeza de la vida y el recuerdo, todo al mismo tiempo.

Alpert tiene una licenciatura en Artes de la Universidad de Maryland, un máster en Bellas Artes de la Universidad de Washington, y en 2019 y 2020 fue becaria de la Tulsa Artist Fellowship. Otros logros profesionales incluyen un premio Pollock-Krasner, una beca del Artist Trust, dos subvenciones del Artist Trust GAP, y dos becas MacDowell, y además participó en el Programa Roswell de residencias para artistas. Está casada con el artista Andy Arkley, con quien tiene tres gatos: Coconut, Koala y Baby Cloud.